

Hopes and Ropes I

La luz de Sorolla

ADRIANA DÍAZ BAREA

Copyright © 2020 Adriana Díaz Barea

Todos los derechos reservados.

Se acerca al cuerpo de una mujer mayor, de unos setenta años, abatida por un escopetazo en el tórax. Tiene los ojos y la boca abiertos, perfilando un gesto de profundo espanto. El ladrón frunce el ceño. Jura poder verse reflejado en sus ojos, apagados como una bombilla fundida, mientras le apunta con una escopeta de caza.

Eso no le gusta.

Se agacha junto al cuerpo y le coge la mano derecha, en cuyo índice lleva un anillo con una pequeña piedra azulada, brillante como el mar de la Costa Azul francesa en verano. El intruso arranca el anillo brillante del dedo de la fallecida con un tirón brusco y se lo guarda en el bolsillo. A continuación, toma el collar de perlas de su cuello. El colgante se deshace, y algunas se escapan, rodando por los azulejos. No parece importarle mucho.

El ladrón se reincorpora. Al hacerlo, un dolor punzante y una mueca. Se lleva la mano izquierda al dedo pulgar de la contraria. Instintivamente, dirige

los ojos a la cama, donde yace, con un balazo en la garganta, el marido de la señora. Al parecer, se le ha quebrado el dedo durante la escaramuza, cuando éste intentó arrebatarle el arma.

Con el brazo pegado al cuerpo, el intruso abre el cajón de la cómoda que la señora dejó a medias cuando recibió el impacto de la bala en el pecho. Hay varias cajas con joyas. Se saca la mochila que lleva colgada al hombro y en ella vuelca el premio. Decide comprobar si hay más. Abre el segundo cajón, lo revuelve, pero no halla nada. Abre el siguiente. Tampoco. Se queda de pie, inmóvil. Pensativo. Encima de la cómoda hay un espejo, salpicado con gotas de sangre de la víctima, que le devuelve el rostro de un delincuente con el labio amoratado y un hilito rojo que le resbala por la comisura. Es el resultado del golpe del culo de la escopeta cuando forcejeaba con el viejo. Después de eso recuerda una caída, un “crac” en la mano, una reincorporación inmediata y un tiro a bocajarro. Y al viejo con un agujero en la garganta.

Se limpia la sangre con el borde de la manga. Con indiferencia, pasa por encima del cuerpo de la señora, en camión de flores, y se asoma a la ventana. Es noche cerrada y no se aprecia muy bien,

pero sabe que al otro lado de la verja le espera un Mercedes negro con las luces apagadas.

El intruso se dirige a la puerta. Cuando pasa por el lado de la señora, con el cuerpo torcido a los pies de la cómoda, el ladrón hace un esfuerzo para no escupirle. A continuación, se acerca al cadáver del viejo, como si quisiera despedirse. Se rasca la ceja, dudando qué hacer.

De nuevo, contiene un salivazo desdeñoso. Entonces, dice:

—Mentiroso hijo de puta.

Antes de salir, echa un último vistazo a la estampa que deja tras de sí.

Ni Tarantino en Pulp Fiction.

Me llamo Celia Ordis y mi vida cambió con una llamada. Punto. Period, como dirían en inglés. Suena muy cliché, lo sé, pero qué le voy a hacer si es así. O fue así.

Escribo esta historia, en primer lugar, porque el detective Alberto Rojo, que es el entendido en confidencialidad, asuntos penales y casos prescritos, me ha comunicado que tengo vía libre para hacer con el caso del Sorolla lo que me salga de las bragas. Según sus palabras, claro.

En segundo lugar, porque me dedico a las bellas artes y vivo en un mundo gobernado por el capitalismo. Dicho de modo más prosaico:

Cuesta llegar a fin de mes.

A pesar de ser doctora en arte, especializada en la obra y técnica de Joaquín Sorolla, soy una desempleada crónica, habitual en las colas del INEM. Por esa razón, en vistas de la escasa o nula prosperidad económica que me ha conferido el doctorado, y aprovechando que esta extraña aventura empezó con un cuadro de Sorolla, he pensado que podría rendirme un homenaje y titular la novela donde recojo todo lo que me sucedió cuando conocí a Alberto Rojo igual que mi tesis doctoral, en la que analicé la técnica pictórica del artista valenciano Joaquín Sorolla, y que titulé: La luz de Sorolla.

Aviso a navegantes de que esto es una historia de misterio de esas que podrían haber resuelto Sherlock Holmes, Poirot, Colombo, Jessica Fletcher o el dueño del bar de enfrente. Cualquiera, en realidad, con un poco de perspicacia, dos dedos de frente y un puntito de imaginación.

¡Jesús!

Parezco un cruce entre el doctor Watson y Carmen Maura recitando la receta del gazpacho en Mujeres al borde de un ataque de nervios.

Pero ciñámonos a la historia.

Mi vida cambió con una llamada.

Me sonó el móvil a las diez y ocho minutos de una mañana de septiembre. Todavía no me había despertado cuando escuché, al otro lado de la línea kilométrica que separa la realidad del sueño, que el teléfono había empezado a vibrar. Sin abrir los ojos, introduje la mano por debajo de la almohada y cogí el dispositivo. Creyendo que era la alarma, apreté el botón lateral y la apagué, esa mañana no tenía que madrugar. Me di la vuelta, me tapé hasta arriba para amortiguar la luz que se filtraba por los orificios de la persiana, y seguí durmiendo.

Al poco rato, el teléfono volvió a vibrar. Y me volví a girar, malhumorada.

Metí de nuevo la mano por debajo de la almohada y extraje el teléfono. Abrí los ojos y parpadeé un par de veces hasta que me acostumbré al contraste entre la penumbra de la habitación y la luz blanca, intensa, que emitía la pantalla del dispositivo. Vi que un número que no tenía grabado en la agenda trataba de ponerse en contacto conmigo. Un número desconocido.

Extrañada, me reincorporé y me aclaré la voz antes de responder. Luego deslicé el dedo sobre la pantalla del smartphone y descolgué la llamada.

- ¿Sí? – respondí.

Al otro lado asomó una voz masculina y áspera, como si al interlocutor le estuvieran frotando la garganta con papel de lija. Era una voz despierta, despabilada por la cafeína.

- ¿Con Celia Ordis, por favor?

Me rasqué el dorso de la nariz, tratando de asimilar la pregunta.

- Sí, yo misma – respondí, mientras cambiaba de posición y me recostaba sobre la espalda.

- Encantado, Celia. Me llamo Alberto Rojo. Soy investigador privado, de la agencia de detectives Hopes and Ropes. No sé si le suena.

Me senté en la cama de un salto.

- ¿Una agencia de detectives? – pensé, en voz alta.

Al otro lado, una breve pausa.

- Sí – respondió el hombre, lacónico – Hopes and Ropes.

Contuve una carcajada.

¿Hopes and Ropes?

¿Deseos y sogas?

Joder, pensé. Mi inglés era malo, pero hasta yo podía apreciar que el creativo al que se le ocurriera el

nombre de la agencia tenía un sentido del humor negro. Muy negro.

Medité qué responder. Se me ocurrió un “¿Y qué coño quieres?”, puesto que tengo muy mal despertar, pero opté por no decir nada y flotar en el silencio de la habitación, únicamente interrumpido por el murmullo del tráfico habitual de un lunes por la mañana.

- Me gustaría mantener una conversación con usted.

¿Podría pasarse por mi oficina sobre las doce y media?

- ¿No podríamos abordarlo por teléfono? — propuse, mientras me toqueteaba el pendiente del lóbulo izquierdo — es que estoy un poco ocupada esta mañana — mentí — ya sabe, clases que preparar, trabajos que corregir...

- La verdad es que se trata de un asunto delicado» — comentó el investigador — y preferiría abordarlo en persona. Si le parece, proponga usted la hora que le vaya mejor. Yo estaré en la oficina todo el día. Arrugué la nariz en un gesto de contrariedad.

- ¿De qué asunto se trata? — insistí.

Oí como, al otro lado de la línea, mi interlocutor resoplaba. Imaginé que el hombre se estaría mordiendo el labio superior mientras sopesaba la

información que podía facilitarme sin arriesgarse a comprometerse, o comprometer, a su cliente.

- Comprenderá que no puedo darle detalles – razonó el detective, con infinita paciencia – «por lo menos antes de que firme una cláusula de confidencialidad. » Asentí, entre decepcionada e irritada.

- Sólo puedo decirle que mi cliente ha manifestado el deseo explícito de que hable con usted – reveló el investigador, contribuyendo a acrecentar mi curiosidad.

- ¿Y quién es su cliente?

Esta vez, el interlocutor no respondió.

- Confidencialidad, claro – comenté al cabo. Me imaginé al tal detective asomado a la ventana de su oficina, asintiendo.

- Está bien – contesté, dándome por vencida – ¿A las doce y media, ha dicho?

Como si me tratara de la principal sospechosa de algún caso, el corazón me bombeaba frenéticamente.

¿Qué querría un detective de mí?

Me pellizqué la blusa y la agité, presa del repentino calor que sentía. Hice memoria, tratando de averiguar si, por algún casual, había cometido algún acto ilegal en los últimos meses que hubiera propiciado la incursión de un detective privado en

mi vida. Pero no hallé nada. Como mucho, pensé, mis recurrentes visitas, en modo incógnito, a las redes sociales de mi ex, podría clasificarse en la categoría de comportamientos patológicos e investigables. Pero nada más.

Alberto Rojo era la antítesis de lo que yo había imaginado durante el trayecto en metro. Cuando lo tuve delante, sentado frente a mí, aprecié que el investigador carecía de ese aire de inteligencia holmesiano que yo creía imprescindible en un detective. En su lugar, el individuo tenía unos ojos vulgares, apagados como una mañana de cielo encapotado y entornados como una persiana a medio abrir. Tampoco, pensé, poseía la elegancia de James Bond. Alberto Rojo, parecía que su aspecto le importaba entre poco y nada. Pese a ser un tipo alto, el detective vestía con unos vaqueros que parecían tener más años que la primera edición de la Biblia, una camisa blanca que llevaba arremangada hasta los codos, y unos zapatos Oxford de color negro mate. Sus patillas empezaban a clarear y su barba, de un par de días, certificaba que ese era un tipo que no esperaba gran cosa de sí mismo. Pese a todo, no se me escapó que el aura de desinterés que envolvía a aquel investigador precisamente le premiaba con un

atractivo singular e inesperado, como esa refrescante tormenta en pleno agosto que llega sin avisar y desaloja un puñado de familias de las playas. Siempre he tenido buen ojo para el arte, por algo soy una profesional del mismo, por lo que con un solo vistazo perité el valor viril de aquel individuo y lo tasé como un Picasso, como poco, de la masculinidad. Por su incomprensible sex appeal, en más prosaico.

La agencia de detectives Hopes and Ropes se hallaba en la zona alta de Barcelona, dos o tres calles por encima de la Diagonal, en un piso convencional reconvertido a oficina. Me recibió una adorable cincuentona con acento granaíno, Encarnación – Encarni para los amigos – de gafas rojas, labios a juego, y una camisa floral que disimulaba, y cito textualmente a Encarni, unas lorzcas de campeonato. La recepción era diminuta, apenas cabían un par de sillas y el escritorio. Durante los pocos minutos que estuve allí sentada, me fijé en que las paredes agrietadas habían adoptado el color amarillento y el aspecto quebradizo de los libros viejos. Divagando me hallaba cuando la recepcionista, que hasta entonces se había dedicado a atender sus asuntos, interrumpió mi pensamiento:

- No llevarás perfume – advirtió, por encima de sus gafas rojas, después de husmear el ambiente. No respondí. Miré a ambos lados de la recepción, como si la pregunta estuviera destinada a otra persona, por lo absurdo de la misma.

- A Alberto no le gustan nada los perfumes – me informó, retomando sus asuntos, como si hablara más consigo misma que conmigo.

Me encogí de hombros y esboqué una sonrisa pícaro al imaginar a Alberto Rojo como un detective excéntrico, como esos de las novelas de misterio de principios de siglo para quienes sus autores habían inventado una kryptonita particular que los convertía en caricaturas de sí mismos. ¿Sería el perfume para Alberto Rojo tan letal como lo era una mota de polvo para Poirot y su traje, la compañía femenina para Holmes o Vesper Lynd para James Bond?

Si lo era, no lo mencionó. Al menos, durante aquella reunión.

Alberto Rojo abrió la puerta de su despacho y la realidad de su aspecto me golpeó en la cara como una ráfaga de viento que impacta con fuerza contra la ventana. Al otro lado de la puerta me esperaba un tipo que, como una estrella de Hollywood deslustrada a la que no ya no le llueven papeles de galán sino de patriarca de una familia numerosa, aún

conservaba reminiscencias del esplendor de sus años dorados. Me estrechó la mano y me retiró la silla, caballeroso. Aprecié el gesto. Me senté y deposité el bolso sobre la mesa: era un bolso bandolero, color indio apache, con flecos en la base.

Miré a mi alrededor con la misma expectación de quien se adentra en un palacio de hielo. Si la recepción de Hopes and Ropes era pequeña, el despacho no se quedaba atrás. Contaba con un escritorio encajonado entre pared y pared que apenas liberaba un pasillo estrecho para pasar de un lado a otro de la mesa. Detrás de la puerta había un colgador y, junto a él, un espantoso cuadro de temática bélica que representaba a Napoleón en la batalla de Waterloo. En resumen, aquel despacho con complejo de probador de Zara no permitía salvaguardar mucho las distancias entre investigador y cliente. O, en ese caso, investigador y... ¿Y?

¿Qué debía querer Alberto Rojo de mí? O lo que era más adecuado formular, ¿qué debía querer el cliente de Alberto Rojo, de mí? Y lo que era peor, ¿cómo me conocía?

- ¿Le apetece un café? – me ofreció.

Era una forma burda de romper el hielo, constaté. Alberto Rojo parecía querer dar un rodeo antes de abordar el quid de la cuestión. No quería parecer

maleducado. Al fin y al cabo, el éxito o fracaso de sus investigaciones dependía en gran medida de la predisposición de las personas a la que entrevistaba para hablar, y era evidente que necesitaba adoptar la imagen de un hombre atento si quería que el cliente o, en ese caso, yo misma, me sintiera cómoda para conversar de lo que tuviéramos que conversar.

Desestimé el ofrecimiento con educación.

- No, gracias – respondí.

Alberto Rojo retiró la silla, se remangó el pantalón levemente cerca de la rodilla, y se sentó.

- Bien – dije – usted dirá.

- Tengo entendido que usted es especialista en arte – comentó el detective, que cogía un bolígrafo bic azul del bote que tenía junto a la pantalla del ordenador y se acercaba un bloc de notas.

- Trabajo de guía en el MACBA los fines de semana – clarifiqué, cual si así contestara a su pregunta – e imparto la asignatura de Arte y Negocio en la ENEBA. La Escuela de Negocios de Barcelona – aclaré, en caso de que el detective desconociera su existencia. – Sí, la conozco – dijo el investigador, que asentía con la cabeza mientras garabateaba en su bloc de notas – la universidad donde van los marquesitos, las marquesitas y la madre que los

parió — añadió, en tono despectivo, sin apartar la vista del papel.

Yo no dije nada. No quería alentar una conversación plagada de reproches a la clase alta de la sociedad, por mucho que compartiera la opinión del detective. Que lo hacía. Cualquiera hubiera pensado que Alberto Rojo buscaba un interlocutor cómplice, pero como descubriría más adelante, nada más lejos de la realidad. Alberto Rojo sólo constataba un hecho, y se la traía al paio si yo, o quién fuese, estaba de acuerdo o no —. Dejando de lado su impresionante currículum — dijo, y noté cierta ironía en su tono —. Dígame, Celia. Si yo le enseño un cuadro, ¿usted podría evaluar su autenticidad?

Aquella pregunta me noqueó. No la esperaba. Como si fuera un boxeador, Alberto Rojo acababa de soltar un inesperado gancho de derecha que me tumbó en cuestión de segundos.

- Depende — contesté, tras rehacerme después de una breve pausa — autenticar un cuadro es un proceso de varias etapas. En general es necesario un estudio exhaustivo de la obra del autor y generalmente se recomienda que lo haga un perito experto en ese autor concreto que se quiere analizar. Y no es tan sencillo — apunté —. A veces, lo que a uno le vale, a otro puede que no. Es una valoración subjetiva.

Alberto Rojo asentía, en silencio, con el bolígrafo presionándole la mejilla izquierda.

Era zurdo.

- Usted está especializada en Sorolla – afirmó, apuntando hacia mí con el bolígrafo y pasando por alto mis objeciones. Esgrimí un ademán modesto.

- Bueno – maticé –. En mi tesis doctoral analicé las influencias de su técnica pictórica. “La luz de Sorolla”, lo titulé.

Alberto Rojo se rascó la coronilla con el boli.

- Estupendo. Necesito que me diga si este cuadro – dijo, y se llevó la mano al bolsillo del pantalón para asir su móvil –. Es de Sorolla o no.

El investigador me tendió el teléfono y mi reacción fue la de titubear unos instantes. Al final cedí y así el móvil, en el que se le presentaba la fotografía del cuadro pintado en 1910, conocido como Niña en la playa. En el lienzo, representativo de la obra de Sorolla, se perfilaba el dibujo de una niña que observaba el mar desde la orilla. Sin embargo, la pobre calidad de la fotografía dificultaba sobremanera su valoración. Amplié la imagen con los dedos, pero la conclusión fue la misma.

Le devolví el teléfono a Alberto Rojo.

- ¿Y bien?

Me mordí el labio inferior.

- No sabría decirle. A simple vista, me parece un Sorolla – razoné, mientras él observaba la imagen con el mismo gesto que aparecería en el rostro de Picasso si tuviera que interpretar al lenguaje informático Python –. Pero no me pida que ponga la mano en el fuego porque lo sea, porque la fotografía está tomada desde un mal ángulo y la iluminación de la estancia en la que está expuesto proyecta sombras que dificultan mucho la evaluación.

Alberto Rojo tamborileó con los dedos encima de su escritorio. No parecía muy convencido con la respuesta.

- ¿Está segura?

Me encogí de hombros.

- Sin duda parece un Sorolla – concluí –. Pero no se lo puedo asegurar al cien por cien.

El detective frunció el ceño, insatisfecho con aquella respuesta.

- ¿Cuánto me lo puede asegurar?

Torcí la boca, reflexiva.

- Le diría un sesenta o setenta por ciento – calculé, con ojo experto –. Sólo porque parece que el contraste entre luces y sombras está muy logrado. Además, un Sorolla nunca es fácil de plagiar. Pero, insisto: es difícil evaluarlo a través de una imagen.

Ambos nos dimos unos segundos de tregua que Alberto Rojo aprovechó para escribir un mensaje de texto en el que con toda probabilidad informaba a su cliente del veredicto que acababa de emitir. Yo, por mi parte, dejé que mi mirada se perdiera en el pisapapeles que el detective tenía en la mesa. Cuando terminó, dos o tres segundos después, se guardó el teléfono móvil en el bolsillo y dio por concluida la conversación.

Me despidió con cordialidad, agradeciéndome los minutos de atención y disculpándose por las molestias ocasionadas. Después me acompañó hasta la puerta, donde me estrechó la mano y me dedicó una sonrisa de oficio.

Aquella fue la primera vez que vi a Alberto Rojo.

Continúa en: [Amazon](#)

Si te ha gustado y quieres estar al día de novedades,
sígueme:

Instagram: @adrianadiazbarea

